

JUSSI ADLER-OLSEN

La víctima 2117



MAEVA | NOIR

Los dedos de los ahogados

La vida de
las manos
de los ahogados es
más larga que nuestra historia.
A distancia
y muy de cerca
vemos a los ahogados,
vemos su anhelo
de vida y paz.

Cada día
vemos las yemas
de sus dedos
desaparecer en el mar,
pero nuestros ojos
han aprendido a no ver.

Sus dedos se alzan
desde el mar,
se extienden
hacia el cielo.
Ya no están mojados
los dedos de los ahogados;
se han resecado para siempre.

FALAH ALSUFI, poeta y refugiado iraquí

Prólogo

UNA SEMANA ANTES de que la familia de Assad abandonara Sab Abar, su padre lo llevó al mercado de los sábados, donde abundaban los puestos de garbanzos, granadas, bulgur, especias de vivos colores y escandalosas aves de corral a la espera del hacha. Después puso las manos en los endeble hombros de su hijo y le dirigió una mirada sabia y profunda.

—Escúchame bien, hijo mío. Pronto vas a soñar con lo que veas hoy y lo harás muchas noches, hasta que la esperanza de volver a percibir esos sonidos y olores se desvanezca. Así que mira bien a tu alrededor mientras puedas y guarda en tu corazón lo que veas, porque de ese modo nunca lo perderás del todo. Ese es el consejo que te doy, ¿lo entiendes?

Él apretó la mano de su padre, asintió con la cabeza e hizo como que había entendido.

Pero Assad nunca lo entendió.

1

Joan

JOAN AIGUADER NO era nada religioso. Más bien al contrario: se escapaba de la ciudad cuando las procesiones de Semana Santa, con sus nazarenos y sus capirotos negros, invadían las calles, y también coleccionaba irrespetuosas figuras de papas y de los Reyes Magos haciendo sus necesidades. Pero, a pesar de esa propensión a la blasfemia, en los últimos días se había santiguado varias veces; porque si, pese a todo, Dios existía, le convenía llevarse bien con él a la vista de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos.

Cuando por fin le llegó por correo el sobre que tanto esperaba, Joan volvió a santiguarse, porque su contenido iba a decidir su destino. Lo sabía.

Y ahora, tres horas después de leer la carta, estaba sentado en un bar de la Barceloneta, temblando a pesar del calor, hecho polvo y con el impulso vital bajo mínimos. Llevaba treinta y tres años viviendo con la ridícula esperanza de que en algún momento la suerte fuera a sonreírle, pero ya no le quedaban fuerzas para esperar más. Ocho años atrás, su padre se había enrollado en el cuello un cable eléctrico y se había colgado de una tubería de agua en el edificio de cuyo mantenimiento se ocupaba. La pequeña familia quedó destrozada y, aunque su padre nunca había sido una persona alegre y despreocupada, no lo comprendían. A partir de aquel instante, Joan y su hermana, cinco años

menor que él, se encontraron de pronto solos, con una madre que nunca volvió a ser la misma. Joan luchó como pudo por sacar a la familia adelante. Entonces solo tenía veinticuatro años y se estaba dejando la vida en sus estudios de Periodismo y en trabajos precarios y mal pagados para poder llegar a fin de mes. Pero el año siguiente representó un punto de inflexión en su vida, cuando su madre se dio un atracón de pastillas para dormir y su hermana hizo lo mismo unos días más tarde.

Solo ahora, volviendo la vista atrás, comprendía que le sobraban motivos para no aguantar más. Con el paso del tiempo, toda perspectiva de éxito en la vida se había esfumado para la familia Aiguader y la oscuridad se había adueñado de todos ellos. Pronto se lo llevaría a él también. De modo que, aparte de breves momentos de felicidad y de algún pequeño triunfo, la vida se le hacía odiosa. En solo un mes su novia lo había dejado y se había quedado sin trabajo.

A la mierda. ¿Para qué atormentarse si todo era tan absurdo?

Joan se metió la mano en el bolsillo y miró de reojo al camarero que estaba detrás de la barra.

Si al menos pudiera terminar mi vida con un poco de dignidad y pagar mi café, pensó mientras miraba los restos de su taza. Pero en el bolsillo no había nada y los proyectos fracasados y ambiciones sin cumplir de su vida desfilaban por su mente en un bucle interminable. De repente, todas sus relaciones malogradas y el descenso imparable de su nivel de vida se hicieron demasiado evidentes como para no prestarles atención.

Había tocado fondo.

Dos años atrás, durante otra profunda depresión que devastaba su mente, una adivina de Tarragona le había dicho que un día, en un futuro no muy lejano, iba a encontrarse con un pie en la tumba, pero que una luz en pleno día iba a salvarlo. La mujer sonaba muy convincente y hasta ahora Joan se había aferrado a aquella predicción; pero ¿dónde diablos estaba

aquella luz? No era capaz ni de levantarse con dignidad de la silla donde estaba sentado. No tenía ni un par de euros para pagar su cortado. Hasta los mendigos andrajosos que se sentaban en el suelo delante de El Corte Inglés con la mano tendida podían juntar monedas para un café; incluso los sin techo que dormían en las entradas de los bancos con sus perros podían hacerlo.

De manera que, aunque la intensa mirada de la adivina lo sedujo y le dio esperanzas de futuro, lo cierto era que se había equivocado de cabo a rabo y ahora, sin duda, había llegado el momento de echar cuentas.

SOLTÓ UN SUSPIRO y dirigió la mirada al montoncito de sobres que ocupaban la mesa del bar, testigos del atolladero en el que se había metido. Por supuesto, podía ignorar los sobres con facturas que tenía en casa, porque, aunque llevaba meses sin pagar el alquiler, no podían ponerlo en la calle gracias a las leyes catalanas de la vivienda. ¿Y por qué había de preocuparse por las facturas del gas si, de todas formas, no había cocinado nada desde Navidades? No, habían sido los cuatro sobres que tenía delante los que le habían dado la estocada final.

Durante la relación con su exnovia, Joan había prometido una y otra vez estabilidad y arrepentimiento, así como hacer propósito de enmienda, pero los ingresos no llegaban nunca y al final ella se hartó de mantenerlo y le pidió que se marchara. Durante las semanas siguientes, consiguió que los molestos acreedores lo dejaran en paz con la promesa de que en cuanto le pagaran los cuatro últimos artículos iba a poder devolverles el dinero a todos. ¿No estaba acaso escribiendo una serie de textos geniales? ¿Por qué no iba a poder venderlos?

Y allí, sobre la mesa, estaban las cartas de rechazo, que no eran titubeantes, vagas, evasivas ni indirectas, sino tan despiadadas

y precisas como cuando el diestro, en el tercio de muerte, clava el estoque en el corazón del toro.

Joan sostuvo la taza bajo la nariz para gozar del aroma desvaído del resto de café y luego su mirada recorrió las palmeras de la playa y el mosaico de colores que componían los bañistas. No hacía mucho que Barcelona había quedado paralizada por el atentado de un desquiciado en las Ramblas y por la brutal represión contra ciudadanos corrientes que se dirigían a votar; pero todo aquello parecía olvidado, porque lo que veía en el centelleo producido por el calor era una muchedumbre de gente alegre. Tenían la cabeza llena de su propio griterío despreocupado, la piel húmeda y una mirada sensual. Por un instante, la ciudad parecía renacida y casi insultante, mientras él oteaba en vano en busca de la radiante estrella anunciadora que le había mencionado la adivina.

La distancia entre el bar donde estaba Joan y los niños que jugaban en la orilla de la playa era mínima y tentadora. En menos de un minuto podría pasar corriendo entre quienes tomaban el sol y meterse en el mar, zambullirse bajo la espuma de las olas y tragar algunas bocanadas de agua, rápidas y definitivas. En medio de la febril actividad de la playa, nadie iba a fijarse en un majara que se lanzaba al agua vestido. En menos de dos minutos podría dejar su vida atrás.

A PESAR DEL intenso latir de su corazón, a Joan se le escapó una risa agridulce al pensar en ello. Los que lo conocían iban a quedarse de lo más desconcertados. ¿Que un payaso como Joan Aiguader era capaz de suicidarse? ¿Aquel periodista gris y apático que no tenía pelotas para destacar en una discusión?

Joan sopesó los sobres. Tan solo eran doscientos gramos más de humillación que añadir a la recibida a lo largo de su vida, así que, ¿por qué llorar por eso? Si ya había tomado la decisión.

Dentro de un segundo iba a decirle al camarero que no podía pagar y luego echaría a correr hacia la playa, a pesar de las protestas que oiría a su paso, y a llevar a cabo su plan.

Tensó los músculos de las pantorrillas y se preparaba para arrancar a correr cuando dos clientes en bañador se levantaron tan de repente que volcaron sus taburetes.

Joan giró la cabeza hacia ellos. Uno observaba inexpresivo la pantalla del televisor que colgaba de la pared, mientras la mirada del otro barría la playa.

—¡Sube el volumen! —gritó el que miraba la pantalla.

—¡Eh, mira! ¡Joder, si están en el paseo! —gritó el otro y señaló a la multitud que se había formado en el exterior.

Joan siguió su mirada y divisó la unidad móvil de televisión que se había instalado en el paseo delante del poste de tres metros que el ayuntamiento había colocado hacía dos años. La parte inferior era metálica y en la parte superior brillaban cuatro cifras en una pantalla digital. Joan había leído hacía tiempo el texto del poste, que explicaba que su objetivo era hacer un recuento de los pobres inmigrantes que se habían ahogado en el Mediterráneo desde principios de año.

Los bañistas en pantalón corto y traje de baño se dirigían, como atraídos por un imán, hacia la unidad móvil, y varios chicos del barrio salieron corriendo del carrer del Baluard hacia el espectáculo. Tal vez lo hubieran visto en la televisión.

Joan centró su atención en el camarero, que, como un robot, secaba vasos con todos los sentidos centrados en el televisor. En la pantalla apareció el texto «noticia de última hora», y entonces Joan se levantó de la silla y se dejó arrastrar hacia el paseo con discreción.

A pesar de todo, seguía vivo y, a pesar de todo, era también periodista.

El infierno podía esperar un poco más.

2

Joan

LA JOVEN REPORTERA, ajena a los corredores, a los patinadores y al follón montado a su alrededor, se encontraba delante del poste y tenía plena conciencia de sus recursos. Se arregló el pelo, se humedeció los labios y después se llevó el micrófono a la boca, mientras los hombres y los chicos le miraban el escote, boquia-biertos. Estaba claro que no habían acudido precisamente a escuchar el mensaje de la reportera.

—Desconocemos la cifra exacta de ahogados en su huida hacia esa Europa que para esos pobres desgraciados simboliza el paraíso y la libertad —anunció—. Pero en los últimos años la cifra podría ascender a varios miles y, solo este año, ha habido más de dos mil fallecidos.

Se giró un poco mientras señalaba la cifra iluminada que aparecía en la pantalla de la parte superior del poste.

—Ahí arriba vemos la cifra que nos indica cuántos inmigrantes han muerto en el Mediterráneo desde que empezó el año. El año pasado por esta época había aún más ahogados, y el año que viene será seguramente igual de malo. Da que pensar que, pese a ser cifras inimaginables y pavorosas, el mundo, todos nosotros, podamos decidir sin problema mirar hacia otro lado mientras esas personas fallecidas siguen siendo anónimas.

Dirigió hacia la cámara una mirada llena de dramatismo.

—¿No es acaso eso lo que hace el resto del mundo? No nos importa. Y, en respuesta, podríamos decir que, como protesta, en los siguientes reportajes de TV11 vamos a centrarnos en uno de los fallecidos: el hombre cuyo cadáver ha sido arrastrado hace bien poco hasta una playa de Chipre, en el Mediterráneo oriental. Vamos a mostrar que ese inmigrante era una persona real, de carne y hueso.

La reportera miró su reloj de pulsera con brillantes.

—Hace menos de una hora, el cuerpo de ese pobre hombre ha sido arrastrado por las olas hasta la playa, rodeado de bañistas satisfechos y risueños, igual que aquí, en la platja de Sant Miquel.

Con un movimiento del brazo, abarcó a los que tomaban el sol, para que todos vieran a qué se refería.

—Estimados telespectadores, el cadáver del joven de quien les hablo ha sido el primero arrastrado por las olas esta mañana hasta la conocida playa de Ayia Napa, en Chipre y, con él, la cifra del poste que tenemos aquí ha ascendido a dos mil ochenta. Son los muertos en lo que va de año.

Hizo una pausa calculada y alzó la mirada hacia el enorme número iluminado.

—Que esa cifra aumente es cuestión de tiempo. Pero la primera víctima de esta mañana era un joven de tez oscura y cara aniñada que vestía un chándal Adidas de dos colores y llevaba unos zapatos gastados. ¿Por qué tenía que perder la vida en el Mediterráneo? Cuando observamos las pacíficas olas azules de Barcelona, ¿podemos imaginar que el mismo mar, a miles de kilómetros de aquí, destroza los sueños llenos de esperanza de los inmigrantes acerca de una vida mejor?

Hizo un alto en su discurso cuando el realizador dio paso a unas imágenes de Chipre. Los bañistas podían seguir la emisión en el monitor que había junto al cámara. Lo que vieron acalló sus murmullos de inmediato. Eran unas imágenes terribles del cadáver

de un joven boca abajo meciéndose en la orilla de la playa hasta que unos socorristas lo arrastraban playa adentro y le daban la vuelta. Luego regresó al monitor la imagen de la reportera de Barcelona. Estaba a un par de metros, preparada para poner el broche de oro al reportaje.

—Dentro de unas horas sabremos más sobre este joven. Quién era, de dónde venía y cuál es su historia. Seguiremos después de la publicidad. Mientras tanto, la cifra del poste sigue aumentando ahí arriba.

Terminó señalando la cifra luminosa y mirando con seriedad al objetivo hasta que el cámara dijo «vale».

Joan dirigió una mirada rápida alrededor y sonrió. ¡Aquello podía ser algo grande! Pero, entre los cientos de rostros que había tras él, ¿no había ningún representante de medios o prensa aparte del equipo móvil de TV11 y de él mismo? ¿Era posible que, por una vez en la vida, hubiera llegado en el momento oportuno? ¿Se encontraba ante una noticia que podía ser algo grande?

Nunca había tenido una corazonada así.

¿Quién podía dejar escapar una oportunidad como esa?

Joan miró la pantalla luminosa.

El número de ahogados había pasado de dos mil ochenta a dos mil ochenta y uno. E, igual que los chicos miraban absortos los pechos de la periodista mientras ella encendía un cigarrillo y cruzaba un par de palabras con el cámara, Joan se quedó mirando la pantalla.

Diez minutos antes, había decidido contribuir a las estadísticas de los ahogados en el Mediterráneo, pero ahora su mirada estaba clavada en la cifra luminosa. Su contundente mensaje era tan palpable y real que le hizo sentirse mareado e indispuerto. Había estado centrado en sí mismo, como un niño, resignado y lleno de autocompasión, mientras había gente en el mar luchando por su vida. ¡Luchando! La palabra lo golpeó con fuerza y de pronto comprendió qué le había ocurrido y en qué se había

metido. Sintió tal alivio que estuvo a punto de echarse a llorar. Había estado muy cerca de la muerte, pero entonces apareció la luz que lo salvó, tal como había vaticinado la adivina. La luz que debía darle ganas y razones para vivir, la luz que emitía la cifra digital que hablaba de la desgracia de otros y abría la puerta a un relato increíble, aún por escribir. Se dio cuenta de todo eso.

Y, tal como rezaba la predicción, sacó el pie de la tumba en el último instante.

LAS HORAS SIGUIENTES fueron febriles para Joan, porque había concebido un plan que iba a salvar su carrera y con ello también su situación económica y su vida.

Por eso, buscó los horarios de vuelos a Chipre y vio que, si tomaba el vuelo de las 16.46 a Atenas, luego podía seguir hasta el aeropuerto de Larnaca, en Chipre, y llegar a la playa de Ayia Napa alrededor de la medianoche.

Miró un momento el precio del billete: casi quinientos euros el de ida y otro tanto el de vuelta, lo que ascendía a una cifra de la que no disponía. Por eso, media hora después de tomar la decisión, entró en la tienda de verduras de su ex. Abrió la puerta trasera con la llave que ella llevaba dos semanas reclamándole y se dirigió resuelto hacia la pequeña caja con billetes que ella escondía tras el mostrador bajo unas cestas de verdura.

Veinte minutos más tarde, ella volvería de la siesta y vería el pagaré que Joan había dejado sobre el mostrador y, veinte minutos más tarde, él ya estaría en el aeropuerto con casi mil seiscientos euros en el bolsillo.

LOS GRITOS PROCEDENTES de la orilla de la playa de Ayia Napa atravesaban el océano de luz que los proyectores instalados arrojaban sobre la escena y las crestas espumeantes de las olas,

negras como el carbón. En la arena, a unos metros de un grupo de trabajadores de salvamento uniformados, yacía una hilera de cadáveres con el rostro cubierto por mantas grises de lana. Era un espectáculo terrible, pero, visto con los ojos de un periodista, también fascinante.

Quince metros playa arriba, bajo fuerte vigilancia policial, había un grupo de unas veinte o treinta personas conmocionadas, abatidas, exhaustas y temblando de frío, pese a estar cubiertas con el mismo tipo de mantas que las que habían empleado para cubrir el rostro de los cadáveres. Se extendió entre ellas un llanto quedo y desesperado ante la despiadada realidad.

—Ahí arriba están los que han tenido suerte —respondió alguien a la mirada inquisitiva de Joan—. Llevaban puestos chalecos salvavidas y los han recogido los barcos a bastante distancia de la costa. Solo hace media hora que nuestra gente los ha encontrado agrupados como si fueran un banco de peces, para no separarse.

Joan movió la cabeza arriba y abajo y dio unos pasos cautelosos hacia los cadáveres. Unos agentes de la policía quisieron alejarlo, pero, cuando les enseñó su carné de prensa, dirigieron su autoridad y sus advertencias hacia el grupo de turistas entrometidos y juerguistas vestidos de playa que trataban de no perder detalle con sus relucientes móviles inteligentes.

Qué desalmada es la gente, pensó Joan mientras sacaba su cámara.

No entendía griego, pero el lenguaje corporal de los agentes de Salvamento Marítimo era inequívoco. En aquel momento gesticulaban con energía y señalaban unas olas perezosas mientras un colega dirigía la luz de los proyectores hasta el objeto arrastrado por el mar hacia la orilla.

Cuando el cadáver estaba veinte metros mar adentro, uno de los agentes de salvamento se adentró en el agua y tiró de él como si fuera un montón de trapos. Y, mientras arrastraba hacia la

orilla el cuerpo sin vida, algunos de los supervivientes empezaron a gemir.

Joan se volvió hacia el grupo. Los lamentos procedían de dos mujeres que, encorvadas y cubriéndose el rostro con las manos, se esforzaban por comprender lo que estaban viendo. Era un espectáculo triste. Junto a ellas, un hombre de indómita barba negra trataba de malas maneras de contener su reacción, pero no tenía efecto en la clamorosa desesperación de las mujeres, que se acentuó cuando un joven de cabeza rapada y chaqueta de uniforme azul avanzó y fotografió el cadáver desde muy cerca. Tenía aspecto oficial, tal vez fuera el encargado de documentar los rescates, de modo que Joan le sacó una foto y le hizo un gesto de saludo por si acaso, como si tuviera un permiso especial para estar allí. Por suerte, no había más prensa alrededor.

Después se giró y sacó una serie de fotos de las mujeres que lloraban, porque en el mundo periodístico siempre funcionaba el profundo dolor arrojado a la cara, aunque no fuera ese el verdadero trabajo de Joan. Iba a hacer exactamente lo mismo que el canal de televisión de Barcelona: revelar, relatar con detalle, causar conmoción e informar.

Porque aquel ahogado era, por desafortunado que pudiera parecer, su trofeo personal: iba a tratar de resucitar a un muerto y no iba a ser solo para un pequeño círculo de lectores de periódicos catalanes. Iba a ser para todo el mundo, como cuando hacía unos años aquel niño sirio-kurdo de tres años se ahogó y ocupó las primeras planas de todo el mundo. Por muy espantoso que fuera aquello, iba a sacar a la luz el destino de una persona y eso iba a hacerlo rico y respetado. Ese era el plan.

Se quedó quieto un rato. Los gritos que se oían en un segundo plano cuando TV11 emitió imágenes de Ayia Napa en Barcelona ahora sonaban muy reales. Todo eso transmitía colorido, sensación de realidad y todos los ingredientes para que un

reportaje se impusiera sobre otros. Pero, aunque pareciera desconcertante, también añadía algo más. Conocía bien la sensación, por otras situaciones, pero le parecía que no encajaba allí. ¿Por qué debía sentir remordimientos por lo que hacía? ¿No estaba acaso metido en algo bastante especial?

De pronto, le pareció que la cámara pesaba más. Algo especial fue lo que pensó, pero, en realidad, ¿no había robado por la cara el concepto de TV11? Porque, investigara o no *in situ*, ¿qué era lo que lo hacía especial? Al fin y al cabo, no era más que un copión, ¿por qué no admitirlo?

Joan se sacudió la idea de encima. Un copión, ¿y qué? Si lo hacía lo bastante auténtico, ¿quién iba a quejarse?

Dentro de poco, después de documentar el rescate del cadáver, iba a dirigirse a las mujeres que lloraban y a tratar de enterarse de por qué eran las únicas que reaccionaban y si conocían en persona al ahogado, para poder recabar detalles de su identidad y sus razones para haber huido. ¿De qué lo conocían aquellas mujeres? ¿Y por qué había muerto él y no ellas? ¿Estaba más débil? Aparte de eso, ¿era una persona decente? ¿Tenía hijos?

Joan avanzó un paso hacia el cadáver y se dispuso a fotografiarlo allí mismo, con el rostro vuelto hacia las olas. La ropa del hombre era inclasificable y se retorció en torno a su cuerpo como una especie de traje folclórico. Luego alguien del equipo de salvamento sacó del agua el resto del cuerpo.

Joan estaba cerca del cadáver cuando movieron un poco el cuerpo, y entonces se detuvo en seco.

Con el último tirón de brazos, la cabeza giró y Joan se dio cuenta de que no se trataba del cadáver de un hombre, sino del de una señora mayor.

Entornó los ojos. Nunca había visto un muerto tan de cerca; era desagradable de verdad. Había visto víctimas de accidentes de tráfico, sangre sobre el asfalto y los destellos azules de ambulancias que habían acudido en vano a la llamada de socorro, y

en su breve época como reportero de tribunales también había tenido contacto con el depósito de cadáveres de la ciudad. Pero, comparado con aquellas muertes, el destino de esa mujer indefensa le removió las entrañas. La mujer había emprendido un viaje largo y lleno de esperanza, para terminar de forma tan trágica. Qué historia tan especial y fantástica podía salir de todo aquello.

Aspiró hondo el húmedo aire marino y contuvo el aliento mientras observaba el oscuro mar nocturno, para no dejarse llevar por sus emociones. Porque, en medio de la desgracia, sin duda, había una primicia en que no fuera un hombre, una mujer joven o un niño. La intuición le decía que la historia era más vendible si la víctima era una señora mayor. ¿Quién no iba a ver lo absurdo y grotesco de aquel desgraciado destino? Una vida tan larga y una muerte tan espantosa.

Pasado un rato, Joan se hizo a la idea y luego dirigió la cámara hacia la muerta y activó la ráfaga automática, apretó unos segundos el botón del vídeo y dio unas vueltas alrededor del cadáver para registrar todos los detalles antes de que los del equipo de rescate le dijeran que se marchara.

A pesar de que el cadáver había permanecido en agua salada y de las fatigas del viaje por mar, era fácil deducir que la mujer procedía de una familia acomodada, lo que iba a garantizar más ventas y mejores fotos. ¿Cuántas veces se había visto gente que había sufrido mucho, vestida con ropa desgastada, marcada por los sufrimientos de un largo viaje? Aquella mujer, por el contrario, iba vestida con gusto, la pintura de labios mantenía un débil tono rojizo y la sombra de ojos estaba más o menos intacta. Había sido una mujer bella. Andaría por los setenta, le faltaban los zapatos y tenía la chaqueta de piel desgarrada; de hecho, fue la chaqueta lo que lo desconcertó al principio. Pero era inevitable fijarse en las arrugas que discurrían a lo largo de su rostro y expresaban sin ningún género de duda algunas de las duras

pruebas que le habían hecho elegir esa solución desesperada; pero, aun así, parecía extrañamente digna.

—¿Sabemos de dónde viene esta gente? —preguntó en inglés a un hombre sin uniforme que estaba arrodillado junto al cadáver.

—Diría que vienen de Siria, como la oleada de inmigrantes que hemos tenido los últimos días —respondió.

Joan se giró hacia los supervivientes. Eran de piel oscura, pero solo un poco más que la de los griegos, de modo que Siria parecía ser un origen probable.

Miró la hilera de cadáveres sobre la arena y los contó. Había treinta y siete cuerpos. Hombres, mujeres y tal vez algún niño. Joan pensó en el poste de Barcelona, al otro extremo del Mediterráneo, donde la cifra 2117 iluminaba la noche. Qué absurdo despilfarro de vidas.

Sacó su bloc de notas y escribió la fecha y la hora, para tener al menos la sensación de haber empezado a trabajar en lo que debía apartarlo del abismo y proporcionarle un nuevo comienzo en la vida. Iba a ser un artículo sobre un muerto ignorado; no sobre un adulto en la flor de la vida ni sobre un niño desamparado, sino sobre una señora mayor que acababa de ahogarse un poco antes. Sobre la mujer que, igual que las dos mil ciento dieciséis víctimas anteriores, tampoco había logrado cruzar el Mediterráneo con vida aquel año.

Garabateó el título, «La víctima número 2117», y dirigió la mirada hacia el grupo de supervivientes y las mujeres que habían gritado. Había muchos rostros atormentados y cuerpos temblorosos apretados unos contra otros, pero las dos mujeres y el hombre de barba poblada habían desaparecido. En el mismo lugar estaba ahora el joven de guerrera azul que un momento antes había estado junto a él sacando fotografías.

Joan se metió el bloc en el bolsillo y se disponía a sacar un par de primeros planos del rostro de la mujer cuando aquella mirada clara y abierta lo impactó.

«¿Por qué ha sucedido esto?», preguntaban aquellos ojos.

Joan retrocedió. En su mundo, los fenómenos esotéricos se consideraban algo ridículo, pero en aquel momento todo su cuerpo se estremeció. Fue como si la mujer hubiera querido establecer contacto con él. Hacerle comprender que él no entendía nada y que eso no estaba bien.

Joan no podía apartar la mirada, porque aquellos hermosos ojos formulaban nuevas preguntas.

«¿Quién soy, Joan?»

«¿De dónde vengo?»

«¿Cómo me llamo?»

Joan se arrodilló ante ella.

—Lo averiguaré —aseguró y le cerró los ojos—. Te lo prometo.

3

Joan

—NO, NO TE pagamos el viaje como *freelance* a menos que lo hayamos acordado antes mediante contrato. ¿Cuántas veces tenemos que decírtelo, Joan?

—Pero tengo las facturas. He hecho la contabilidad del viaje, ¡mira!

Empujó hacia el mostrador la carpeta con los billetes de avión a Chipre y los justificantes del resto de gastos, y exhibió la mejor sonrisa que era capaz de imitar. Conocía bien las competencias de la auxiliar administrativa Marta Torra; no tenía derecho a rechazarlo, sobre todo en aquel momento.

—¿No viste mi artículo de ayer en primera plana, Marta? No era una simple columna en el suplemento, era sencillamente el mejor reportaje de *Hores del dia* y lo mejor que he escrito en mi vida. Estoy seguro de que el Departamento de Contabilidad dará el visto bueno a los mil seiscientos euros. Venga, Marta, no tengo dinero para pagarme el viaje. Se lo he pedido prestado a mi ex.

Joan puso cara de súplica y no era fingida. Su exnovia le había dado un tortazo y lo había amenazado con denunciarlo a la policía. Lo llamó ladrón entre lágrimas, porque sabía que nunca iba a recuperar sus mil seiscientos euros. Después tendió la mano y le ordenó que le devolviera la llave de la tienda, y con ese gesto su relación ya no era una exrelación. Era una *exexrelación*.

—Y dices que en Contabilidad seguro que te dan el visto bueno. ¡Ja! Si Contabilidad soy YO, Joan. —Soltó un bufido—. Y tu ex debe de ser bastante tonta si piensa que puedes venir y llevarte la pasta del periódico cuando te convenga.

Joan se recuperó mientras ella se daba la vuelta y volvía a su mesa. A la falda le faltaba el botón que debía evitar que la cremallera se abriese y el cierre ya había empezado a deslizarse hacia abajo. En Contabilidad todos eran como ella. Cada vez más gordos y, al parecer, obsesionados con su próxima ingesta de calorías. Era embarazoso ver aquello mientras él se quedaba abandonado a su suerte.

—Pues reembólsame al menos los billetes de avión, Marta: el periódico puede deducírsele de impuestos.

—Quéjate a tu editora, a ver si te sirve de algo —dijo la contable con voz neutra. Ni siquiera se dignó a girarse.

EN LA REDACCIÓN había esperado quizá unos aplausos. Un reconocimiento merecido, porque *Hores del dia*, con su reportaje de la víspera, había logrado por fin una primicia por la que los demás medios los habían citado. Los internacionales habían incluso utilizado sus fotos: una señora mayor vestida con una chaqueta de piel, ahogada bajo la luz de los proyectores, los cadáveres de la playa, unas mujeres gritando. *Hores del dia* habría hecho caja con aquello, ¿no?

Pero, aparte de un corresponsal de Internacional que sacudió la cabeza de manera visible cuando Joan atravesó la zona de los fijos, no hubo ninguna reacción por parte de nadie. Ni siquiera un gesto con la cabeza o una pequeña sonrisa. Joder, en las películas los colegas siempre se ponían de pie y aplaudían cuando sucedía algo así. ¿Qué estaba pasando?

—Solo tengo cinco minutos, así que sé breve, Joan.

Su editora cerró la puerta que daba a la redacción y por lo visto se olvidó de ofrecerle asiento, pero de todas formas él se sentó.

—Me ha llamado Marta, de Contabilidad, y me dice que quieres que cubramos tus gastos de viaje. —Le dirigió una mirada intensa por encima del borde de las gafas—. Pero ya puedes quitártelo de la cabeza, Joan. Vas a recibir por el artículo de Ayia Napa los mil cien euros que fui tan tonta como para prometerte cuando lo entregaste, y deberías estar contento. Ni un céntimo más.

Joan no entendía nada. Había esperado que el artículo sobre la mujer ahogada le supusiera unos ingresos y la perspectiva de un puesto fijo. Pero ¿por qué la editora de los *freelances*, Montse Vigo, lo miraba de aquella manera, como si le hubiera escupido a la cara?

—Nos has hecho quedar en ridículo, Joan.

Joan sacudió la cabeza. ¿A qué diablos se refería?

—Será mejor que te cuente cómo se ha desarrollado la historia sobre la víctima número 2117. En efecto, ayer parecía una buena historia, pero esta mañana se podía leer esto en al menos cincuenta periódicos internacionales, por no hablar de que todos los periódicos de Barcelona, excepto el nuestro, traen la misma noticia. En pocas palabras, que no has hecho bien tu trabajo, Joan, ni de lejos tan bien como tus colegas. Debiste proceder con más solidez una vez que estabas en medio de todo, querido amigo.

La editora dejó caer un par de periódicos españoles sobre la mesa, frente a él, y los titulares casi le hicieron emitir un grito sofocado.

«¡La víctima 2117, asesinada!»

Después, su editora señaló una línea algo más abajo. «La información de *Hores del dia* acerca de la víctima 2117 no es correcta. La mujer no se ahogó, sino que la mataron con brutalidad, la apuñalaron», decía.

—¿Te das cuenta de que la responsabilidad de un reportaje mal investigado recae en su totalidad sobre mí? —dijo la editora y apartó los humillantes periódicos en una esquina de la mesa—. Pero la culpa es mía, por supuesto. Debí preverlo, después de los últimos artículos desangelados que intentaste colarnos.

—No lo entiendo —empezó a decir Joan y era la pura verdad—. Vi como llegaba a la orilla. Estaba allí cuando ocurrió. Ya has visto mis fotos.

—Entonces, deberías haber esperado a que le hubieran dado la vuelta para sacar la foto. La habían apuñalado en la nuca, entre la tercera y la cuarta cervical, con un cuchillo así. —Mostró con las manos la longitud del arma—. Muerta al instante. Menos mal que no hemos sido los únicos que hemos metido la pata. Al menos, el equipo de TV11 ha cambiado su imagen idílica del primer joven que arribó a Ayia Napa el día que estuviste tú. Parece ser que era el jefe de una célula terrorista. Un diablo recién afeitado.

Joan se quedó conmocionado. ¿Asesinada? ¿Era eso lo que le habían contado sus ojos? ¿Debería... debería haberlo visto?

Se volvió hacia su editora. Deseaba explicar el momento. Lo que había pasado. Por qué no había hecho mejor su trabajo. Se había quedado embelesado, algo que sabía bien que no debía hacer un periodista.

Llamaron a la puerta y entró Marta, de Contabilidad. Tendió dos sobres a Montse Vigo y salió sin dignarse a mirar a Joan.

La editora dio uno de los sobres a Joan.

—Aquí tienes los mil cien, aunque no te los mereces.

Joan tomó el sobre sin decir palabra, no podía hacer más. Intimidar era parte del trabajo de Montse Vigo, de modo que ¿qué se podía hacer? ¡Nada! Incluyó un poco el torso y se volvió para irse con sigilo. La cuestión era cuánto tiempo iba a mantenerlo con vida aquel sobre. Estaba sudando ya.

—¿Adónde vas? —oyó tras él—. No creas que te vas a librar tan fácilmente.

POCO DESPUÉS ESTABA en la calle, mirando el edificio. Desde la Diagonal, una manifestación más se dirigía al centro. Se oían pitidos de silbatos, consignas, eslóganes y bocinazos iracundos de coches; pero lo único que sonaba en su cabeza era lo que le acababa de decir la editora.

—Aquí tienes cinco mil euros. Tienes exactamente catorce días para llegar al fondo de la historia y vas a hacerlo solo, ¿entendido? Eres una solución de urgencia, porque ninguno de tus colegas quiere remover este caso ni aunque les paguen una fortuna, porque dicen que hay demasiadas pistas que se han enfriado. Pues vas a tener que volver a activarlas, se lo debes al periódico. Encuentra a algún superviviente que pueda decirte quién era la mujer y qué fue lo que le ocurrió, ¿está claro? Sabes por tus entrevistas con algunos de los supervivientes que estaba con otras dos mujeres, una joven y la otra mayor, y que un hombre barbudo habló con ellas durante la travesía, hasta que el bote neumático se hundió. Debes encontrarlas. Ya sabes quiénes son, tienes fotos de ellas; vas a informarme a diario de lo que hagas y de dónde estés. Mientras tanto, en la redacción ya tejeremos una historia al respecto para que no pierda actualidad. Con los cinco mil euros te tiene que llegar para todo lo que hagas, ¿entendido? Me importa un bledo a quién sobornes o dónde vivas. Si se te acaba el dinero para el hotel, tendrás que dormir en la calle. Si se te acaba el dinero para comer, tendrás que pasar hambre. Porque no vas a volver por aquí para pedir más dinero hasta haber terminado el reportaje, ¿está claro? Esto no es *El País*.

Cuando le dio el sobre, Joan asintió en silencio y lo sopesó. No le quedaba otra que terminar el trabajo. Los cinco mil euros iban a ser un buen aliciente.